



Homenaje a Bergalli

Gonzalo Duarte
Juan Manuel Ternero
Carlo Gatti

A medida que un estudiante comienza a cursar las asignaturas y conocer la bibliografía que forma parte del Máster Oficial en Criminología, Política Criminal y Sociología Jurídico Penal, de la Universidad de Barcelona, surge la figura de Roberto Bergalli. Así, muchos nos acercamos y profundizamos el conocimiento y estudio de su obra.

Las constantes referencias a su persona que realizaban en las clases los y las profesoras del Máster no hacía más que incrementar la curiosidad y el anhelo por ahondar en sus diferentes publicaciones. Comprobamos de tal forma su seriedad y compromiso intelectual.

La diversidad y profundidad de los temas que abordó fueron motivo de reiterada consulta y referencia en el estudio diario de muchos de los estudiantes del Máster. Constituyó una sólida guía intelectual para avanzar desde una posición crítica, despertando e incentivando nuevas líneas y perspectivas de estudio.

En definitiva, para muchos, la obra de Bergalli incidió profundamente en nuestra formación académica e intelectual.

A pesar del triste momento que representa el deceso de un ser querido, no tengo dudas que sus familiares, amigos y compañeros más cercanos sentirán una gran satisfacción al comprobar que su legado continúa formando estudiantes e investigadores. Gonzalo Duarte

Roberto Bergalli, punto y seguido.

Nunca conocí a Roberto Bergalli, pero sí su legado. Tuve la fortuna de encontrar un fecundo y singular vergel de rebeldía intelectual en aquellos espacios que él nos legó y que hoy, quienes fueron formados e inspirados por su figura, se encargan de guardar, cuidar y transmitir con mimo y celo. Con su partida, a quienes hemos sido instruidos bajo esta batuta nos queda una extraña sensación. Por un lado, algo nos advierte acerca de la marcha de un valor procedente de otra época, de otras luchas, un estandarte y una referencia a cuya imagen nos aferramos frente a la incertidumbre que nos corroe en estos tiempos. Por otro, nos acecha una sombra de responsabilidad ante una herencia que, a quienes hemos nacido al mundo intelectual bajo el aura protectora de su alargada reminiscencia, nos conmina al compromiso. Compromiso para que no caigan en el olvido los nexos que nos conectan con los maestros del pasado; para seguir aprendiendo con la vastedad de una obra cuya verdad sigue latiendo incandescente en aquellos que se atreven a mirarla directamente a los ojos y a seguir maravillándose con ella; para no abandonar nunca el hábito de aprendices y que sus preguntas sigan vivas y guiando nuestros pasos; para estar a su altura y transmitirle este conocimiento a las nuevas generaciones como nuestros maestros hicieron con nosotros, con tanto amor como respeto por el recuerdo de una figura cuya talla se adivina por la influencia que ejerció en aquellos que hoy más sienten su pérdida. Compromiso para unos tiempos donde la disputa cortesana que transita a velocidad de vértigo del amor al odio y viceversa le gana el terreno a la ética, la verdad y la fidelidad a los principios.

En el día de hoy, no es aventurado pensar que somos muchos quienes sentimos que irremediamente algo ha cambiado con la partida de Roberto Bergalli; algo se nos va a todos más allá de un nombre y unas ideas. Se nos va el ejemplo de una época y nos deja un poco más huérfanos a quienes habitamos la actual. Solo en quienes hoy nos quedamos aquí está la oportunidad de atender al llamado de un legado inmenso y tratar de estar a su altura, aquella que nos conmina a transformar la rebeldía en grandeza y ocupar nuestro lugar en la batalla por la verdad y la justicia. Una lucha que parece ya infinita, a la que Roberto Bergalli dedicó su vida y de cuya historia hoy ya forma parte de manera imperecedera. Descanse en paz. Juan Manuel Ternero.

La primera duda, o mejor dicho el primer temor, que surge a la hora de reflexionar, incluso desde una posición absolutamente subsidiaria, sobre el significado de una pérdida tiene que ver con la terrible pregunta acerca de una adecuada habilitación emocional para tocar el tema. Al fin y al cabo, ¿qué rol puede otorgarse alguien que ni siquiera ha podido conocer a la persona en cuestión, además sin que esta supiese tan siquiera de su existencia?

Mi respuesta es bastante sencilla: ninguno. Y de hecho no se trata en absoluto de agregar una voz más a la larga lista de recuerdos y testimonios de primera mano de amigos, compañeros y colaboradores directos.

Pienso, no obstante, que otro tipo de relato, marginal y secundario, es posible. Me gusta imaginar que incluso anécdotas menores hubieran podido representar una fuente de gratificación para quien ha dedicado su vida a escribir una historia hasta ese momento aun no escrita, o al menos no tan consciente de sí misma.

El contacto más directo con el legado de Roberto Bergalli ha sido en mi caso la inmersión en su herencia didáctica. Casi paradójicamente, en estos días, mi mente no se ha detenido tanto en el periodo de mi máster (o, debería decir, no más de lo que hace de normal), sino en la fase inmediatamente posterior – con todas las peripecias que la han caracterizado - y, aún más, en la fase anterior a dicha decisión, madurada en el momento en el que pude encontrar las respuestas adecuadas a una serie de aparentes anomalías e interrogantes. Se trataba de inquietudes surgidas a raíz de intentos espontáneos, y por eso mismo desordenados, de profundización en torno a la ciencia jurídico-penal, a su uso y a la manera en la que su enseñanza se imparte. El descubrimiento, absolutamente inesperado y ajeno a tareas curriculares, que de allí a poco contribuyó a marcarme definitivamente fue enterarme de la existencia de toda una generación de autores que habían emprendido, de manera orgánica y estructurada, una operación intelectual acerca de cuya viabilidad, ingenuamente, todavía seguía interrogándome. Percibí desde el primer momento que el silencio que condenaba aquella filiación literaria era algo

intencional y para nada inocente. Un resultado calculado del tácito ostracismo de la oficialidad académica y de su aceitado mecanismo selectivo.

Fijados los nombres de esos autores, hubiera descubierto también que sus obras no eran consultables o disponibles: ni en los circuitos comerciales ni, más sorprendentemente, en ninguna biblioteca pública de la ciudad más importante de su propio país nativo. La misma ciudad en la que en ese momento yo residía y de cuya alma mater me había licenciado, circunstancia que daba un toque de ironía surreal a todo el asunto. Me enfrenté de allí a un tiempo a un nuevo decisivo hallazgo: algo existía, incluso de libre fruición telemática, pero, un poco inexplicablemente, solo en castellano. Al cabo de unos meses, investigando en las vicisitudes biográficas de algunos de los personajes involucrados, hubiera comprendido el motivo.

Acudir al oasis bergalliano no fue para mí la búsqueda de un título universitario, sino de un refugio donde lo periférico se pudiera convertir por fin en lo central. El esfuerzo para la vinculación a grandes marcos interpretativos se volvió en la constante, mientras que el estéril panfletismo acabó coincidiendo con las portentosas clasificaciones y las sutilísimas disquisiciones de quienes abordan la inconsistencia ontológica sin preguntarse jamás el “porqué” o “de dónde”.

A la consecución de dicho amparo, y a quien lo construyó, siento el deber de un agradecimiento profundo y de un compromiso de aquí en adelante: el de cultivar un Saber que sea ante todo herramienta de militancia, divulgación y práctica de contrapoder.

Un Saber que no pretende derivar su autoridad de una descontextualización ficticia de las condiciones materiales de su producción, sino que las reivindica y, por este mismo pecado original, un Saber expuesto a la permanente proscripción y exclusión de la gama de escrituras sagradas cuidadosamente seleccionadas por los escribas de las facultades de derecho. Carlo Gatti.